

Históricas Digital

Carlos Bosch García

“La Reforma y Juárez”

p. 349-366

México frente al mar. El conflicto histórico entre la novedad marinera y la tradición terrestre

Carlos Bosch García

México

Universidad Nacional Autónoma de México/
Coordinación de Humanidades/Instituto
de Investigaciones Históricas

1981

476 p.

ISBN 968-58-0083-9

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de noviembre de 2023

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/180/mexico-mar.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



CAPÍTULO VIII

LA REFORMA Y JUÁREZ

1. Liberales y conservadores
2. Se establecieron los liberales
3. La dualidad gubernamental
4. La Reforma fue a las costas
5. Otra vez Veracruz, el enfrentamiento y los liberales
6. Conclusión



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



1. *Liberales y conservadores*

Santa Anna salió de la capital, como dijimos en el capítulo anterior, para dejar paso al movimiento de la Reforma en vista de que el Plan de Ayutla lograba cada día más apoyos por parte de las tropas que lo aceptaban. Ese respaldo fue un subterfugio de militares y conservadores para aprovechar el momento de desconcierto que se había planteado. Su jefe era el general Rómulo Díaz de la Vega, que se unió a los representantes de los departamentos, quienes eligieron, a su vez, al presidente Martín Carrera.

Pero es curioso unir una secuela de sucesos relacionados, de manera casual, con el Plan de Ayutla y que comenzaron con la llegada de un grupo de cuarenta y cinco aventureros. Capitaneados por William Walker, procedente de Alta California y viajando en la barca Carolina, anclaron frente al puerto de la ciudad de La Paz y, poco después, desembarcaron, apoderándose de la localidad el 3 de noviembre de 1853.

Meses más tarde, el 17 de febrero del año siguiente, “se dice oficialmente que instruido el gobierno de que los aventureros de la Alta California, dirigían sus miras sobre la plaza de Acapulco, dispuso la marcha de algunos cuerpos y tres piezas de artillería, para su guarnición y la de la ciudad de Bravos”.¹

El movimiento de esta fuerza impulsó el ambiente para la elaboración del Plan de Ayutla, pues decidió el antagonismo de los generales antes destituidos por Santa Anna, en contra del gobierno. El 2 de marzo de 1854,

el ex general don Juan Álvarez, llamando “invasión” al tránsito de las tropas destinadas a la guarnición de Acapulco, ordenó a sus subordinados que hostilizaran y batiesen a las referidas tropas, antes de su llegada al dicho puerto, declarándose con esto en abierta rebelión contra las disposiciones del supremo gobierno. Los sublevados nombran gobernador del puerto de Acapulco a don Ignacio Comonfort.²

Entre tanto, Santa Anna había apresado en Oaxaca, y expulsado, por medio de un piquete de caballería, a Benito Juárez, el 27 de marzo de 1853, sin otra explicación

1 Félix F. Palavicini, *México, historia de su evolución constructiva*, t. I, p. 409.

2 *Ibidem*, p. 410.



que un pasaporte y lo remitió a Jalapa. Allí fue confinado durante setenta y cinco días hasta que el hijo de Santa Anna, sin haberlo acusado de nada, lo llevó a San Juan de Ulúa, donde fue encerrado en los calabozos, debajo del nivel del mar. Doce días después le indicaron que hiciera su maleta y fue entregado enfermo a un paquebote inglés, sin que precediera ningún arreglo para su pasaje. Sus compañeros de viaje lo cubrieron, haciendo una colecta para pagar el costo hasta la primera escala del buque. En La Habana desembarcó y a las seis semanas se fue a Nueva Orleáns, donde encontró un grupo de refugiados mexicanos, entre ellos a Melchor Ocampo, con quien hizo una buena amistad consolidada por la emigración.

El hombre que Juárez conoció en Nueva Orleáns influyó en su formación del único modo que puede echar raíz una influencia fecunda: fomentando sus propias aptitudes. Ocampo se hallaba un paso, o más, adelantado en el camino revolucionario y prestó a Juárez el mismo servicio que Mora le había hecho a él, despertando capacidades latentes e insospechadas, encaminándolo hacia un destino del cual no tenía aún plena conciencia. En concordia se recibió a Ocampo como jefe del pequeño grupo de refugiados que soñaban con la renovación de la patria; notable por las ideas que ocasionaron su proscripción, tenía ya listo un programa de reformas que partía del ideario de Mora, ya hecho suyo. . . e iba hasta las doctrinas del socialismo naciente en Europa.³

Al desembarcar, Juárez se reunió con el grupo para discutir la forma de acabar con el dictador Santa Anna, sin contar con otro elemento que un brote de rebelión en el estado de Guerrero, encabezado por Juan Álvarez. Los exiliados tomaron bajo su responsabilidad la dirección ideológica de la revuelta formulando el plan político y expidiéndolo a su cuartel en Acapulco. El intermediario fue Ignacio Comonfort, liberal moderado, lugarteniente y mentor político de Álvarez. Fue Comonfort el encargado de proclamar el plan. El optimismo de los refugiados estribaba en que el Tratado de Gadsden se encontraba pendiente en el senado mexicano y, al extrañar otra cesión de territorio a los Estados Unidos, la posición del gobierno conservador era vulnerable. Así lo hizo constar Ocampo, en nombre de los refugiados de Nueva Orleáns, al protestar ante el senado y pedir que se suspendiera la negociación, fijando, además, las condiciones bajo las cuales el partido liberal estaría dispuesto a participar del poder. Con la conducta y las protestas de los refugiados se logró llamar la atención de Álvarez, que acogió la colaboración del grupo y Comonfort proclamó el Plan de Ayutla, más o menos parecido al de los refugiados. Alentado por las denuncias de Santa Anna y con el apoyo de Álvarez, Ocampo se trasladó a la

3 R. Roeder, *Juárez y su México*, México, edición del autor, 1952, t. I, p. 134.

frontera y se radicó en Brown ville donde procuró fomentar una reacción de simpatía hacia la revuelta del sur, en los estados del norte.

Juárez heredó el aposento dejado por Ocampo en la casa de huéspedes. Pero la actividad estaba en Acapulco y los refugiados que restaban en Nueva Orleans sólo podían estar pendientes de la noticias. En enero de 1854 el grupo se redujo al núcleo unido formado por Juárez, Melchor Ocampo, Ponciano Arriaga y José María Mata. Entre ellos sufrieron y se acompañaron con la camaradería que fraguó la miseria.

Ocampo, Arriaga y Mata pasaron la frontera con la ilusión de emprender actividades políticas en alguna forma. Juárez quedó en Nueva Orleans envuelto en nonadas que se convertían en acontecimientos enormes.

Siempre se podía contar con don Benito para lo que fuera: bien para llevar plantas al muelle y expedirlas a Ocampo en Brownsville; bien para pasear con Mata, solitario y enamorado, a lo largo de los levées del Misisipí; bien para apreciar los informes mandados por Ponciano Arriaga desde el otro lado de la frontera; y de sus buenos oficios éste fue siempre el mejor, ya que controlaba las noticias con una perspicacia que pasaba inadvertida, hasta que los sucesos, corroborándola obligaron a los amigos a tomar en cuenta sus opiniones.⁴

A fines de febrero de 1855 Juárez determinó dar el primer paso al proponer a los amigos que todos marcharan a Acapulco donde su presencia alentaría el espíritu público. El viaje se pospuso por los reveses sufridos en la revolución de Acapulco; pero, autorizado por sus compañeros para tratar a discreción cualquier situación que se presentara en México, Juárez llegó por fin a Acapulco para presentarse al coronel Diego Álvarez, hijo del general, y ofrecerse para lo que pudiera servir en la pelea por la libertad, a fin de julio de 1855.

Al salir de Nueva Orleans la revolución parecía vencida; al llegar a Acapulco estaba en víspera de triunfo; quince días después, Santa Anna se dio por perdido y salió del país.

Aceptado el Plan de Ayutla por los generales en la capital y habida comunicación con ellos, lo que pone en duda las intenciones revolucionarias de los mismos, Álvarez se puso en camino con su ejército para llegar a México.

Juárez había ganado la confianza de Álvarez; pero tan poca confianza tenía Álvarez en su propia capacidad política. . . [que] . . . se quedó en Cuernavaca. Nombrado presidente interino por una junta liberal, de la cual Juárez formó parte, delegó sus facultades en Comonfort, quien se trasladó a la capital, formó el



Faro Juárez de Veracruz construido sobre la torre de la iglesia de San Francisco, 1872 (Inst. Inv. Estéticas).

4 *Ibidem*, p. 139-40.

gabinete y se instaló en el Palacio como jefe del gobierno y árbitro político de la situación. . . Ocampo llegó apuradamente, ocupó dos puestos en el gabinete y repartió otros dos entre sus amigos de más confianza. La cartera de Hacienda fue confiada a Guillermo Prieto, poeta, que ya había purgado una pena en la Tesorería; y la de Justicia e Instrucción Pública, a Juárez.⁵

Al cundir el levantamiento de Ayutla, siguió Martín Carrera, uno de los generales, en el gobierno, como dijimos arriba.

Surgieron las ambiciones partidistas y los conservadores y moderados se enfrentaron con la obra revolucionaria que se llevaba a cabo por los liberales radicales o puros, después de año y medio de sangrienta lucha, y la más peligrosa anarquía parecía enseñorearse de nuevo en la nación.

El grupo liberal reaccionó con energía y fue Comonfort quien, al ponerse en contacto con los gobernadores de los estados revolucionarios logró que apoyaran al general Alvarez como jefe de la revolución por haberla iniciado y sostenido. Así se fortaleció el plan revolucionario en los estados; al asumir la presidencia de la república en Cuernavaca el 4 de octubre de 1855 el general Álvarez, nombró el gabinete, descrito arriba. Conservadores y moderados no cesaron en su lucha por hacer fracasar la revolución y presionar al ministro de la Guerra, Ignacio Comonfort, por considerarlo más cercano a sus tendencias.

La pugna apareció pronto dentro del gabinete, donde se contrapuso Melchor Ocampo que representó a los liberales contra Comonfort que lo hizo con los conservadores. Imposible resultó la lucha entre los dos personajes, de los que el primero sólo contó con sus convicciones y sus buenos razonamientos en cuanto al futuro de su partido político. Quince días duró en el poder Ocampo, para dejar escrito su manifiesto mostrando la imposibilidad de contemporizar con el enemigo.

2. Se establecieron los liberales

El presidente Alvarez trasladó su gobierno, primero a Tlalpan y luego a México, donde entró con la solemnidad de presidente el 15 de octubre de 1855.

El gobierno de Álvarez comenzó a romper la estructura política de la nación, medida necesaria para poder sacar al país adelante. La ley de 22 de noviembre, aboliendo los fueros eclesiásticos y militares, fue un claro augurio de lo que se esperaba y no tardó en cundir la reacción del mundo conservador que fue a la lucha armada en contra de las grandes reformas sociales que comenzaron a tener lugar.

La ley produjo el levantamiento de Doblado, que pidió la sustitución de Alvarez por Comonfort, quien tomó posesión como presidente sustituto el 11 de diciembre de

⁵ *Ibidem*, p. 145.



1855. Sin embargo, Comonfort reintegró su gabinete con liberales moderados. Ello lo enfrentó con la revuelta clerical militarista que, al grito de “religión y fueros”, encabezó el cura de Zacapoaxtla, Francisco Ortega. Los generales pretorianos se declararon por la reacción, y entre ellos estaban nombres que perdurarían como el de Miguel Miramón, Leonardo Márquez, Luis G. Osollo, Castillo, Haro, Tamariz y otros que llegaron a tomar la ciudad de Puebla.

El propio Comonfort los destruyó en la batalla de Ocotlán, dando el triunfo al gobierno después de recuperar la ciudad de Puebla. Los rebeldes se dispersaron y algunos se refugiaron en los Estados Unidos.

La compuerta se abrió así para la convocatoria de las sesiones de un congreso constituyente, que inició su trabajo el 14 de febrero de 1856, donde estuvieron los hombres más notables del país, preocupados por los problemas del orden político y social y que pusieron en la famosa constitución el mejor de sus empeños.

Los trabajos de los constituyentes avanzaron y la nación se hizo cada vez más consciente de la necesidad de las reformas radicales: entre ellas estuvo la separación de la Iglesia y del Estado y la amortización de los bienes de la Iglesia, lo que dirigía la lucha en contra del dominio clerical del país.

Los pronunciamientos fueron la secuela en los distintos confines del territorio mexicano. La tormenta se levantó en 1856 y, a pesar de ella, los liberales continuaron impertérritos en su cometido.

La Cámara aprobó la ley Juárez y a los pocos días se terminó con la Compañía de Jesús; el 25 de junio vino la ley Lerdo sobre la desamortización de bienes eclesiásticos. En enero de 1857 otras dos leyes complementaron las anteriores, estableciendo el registro civil y secularizando los cementerios hasta que, el 5 de febrero, el Congreso constituyente dio fin a sus labores y expidió la Constitución de 1857, que ha sido famosa en la historia nacional. Valentín Gómez Farías, ya anciano, liberal, hizo el juramento como presidente de la Cámara de Diputados y le siguieron los demás. Finalmente el presidente de la república, Ignacio Comonfort, juró el nuevo código.

La reacción conservadora-eclesiástica se dirigió en contra de la Constitución; pero, de manera especial, se opuso a los artículos que convertían la Iglesia en una institución política. Asimismo, se mostraron contrarios a todos los derechos ciudadanos descritos en ella y también a los artículos que daban obligaciones a los ciudadanos. Asonadas, motines y levantamientos fueron el resultado en todo el país y, en el mes de diciembre de 1857, se llegó al peor extremo.

3. *La dualidad gubernamental*

Comonfort era presidente constitucional, electo popularmente desde el 18 de noviembre de 1857, y también lo fue el presidente de la Suprema Corte de Justicia,



Benito Juárez, a quien le correspondía el carácter de vicepresidente de la república.

Abrumado y presionado Comonfort por miembros conservadores de su gabinete dio un golpe de Estado para aunarse a los rebeldes encabezados por Félix Zuloaga en Tacubaya. Se acusó el cisma entre conservadores y liberales, dentro del que los propios conservadores desconocieron a Comonfort y se quedaron con la capital mexicana. El ex presidente, atemorizado, se embarcó en Veracruz con rumbo a Nueva York el 27 de febrero de 1858.

La bandera de la legalidad constitucional fue recogida por el vicepresidente de la república, Benito Juárez, que en esa forma llegó a la mayor magistratura del país.

Juárez abandonó la ciudad capital como presidente interino para organizar el gobierno en Guanajuato, y pensando poder convocar las elecciones trasladó la sede del gobierno a Guadalajara. Comenzó allí la peregrinación mientras en la capital se organizaba el gobierno conservador bajo la presidencia de Félix Zuloaga, que perduró durante los tres años que van desde 1858 hasta 1860. Ese periodo se llamó la Guerra de Reforma, o de Tres Años, y las divisiones sociales se profundizaron de tal manera que alcanzaron, incluso, la vida íntima familiar.

Al llegar el gobierno juarista a Guadalajara, donde se había levantado Landa, cuyas fuerzas casi mataron a Juárez, se perdió la batalla de Salamanca y se levantó la guardia de palacio sobornada por el clero, tomando presos al presidente y al gabinete. Sin seguir la narración completa de lo acaecido en el palacio tapatío durante esa prisión, creemos necesario referir la escena en que Prieto intervino para salvar la vida del presidente, reduciéndola a su parte medular:

Los soldados entraron al salón arrollando todo. Aquella terrible columna, con sus armas cargadas, hizo alto frente a la puerta del cuarto, y sin esperar más, y sin saber quién daba las voces del mando, oímos distintamente: “¡Al hombro! ¡Preparen! ¡Apunten!” Y entonces. . . Entonces todos sabían quién era Juárez. Como tengo dicho, el señor Juárez estaba en la puerta del cuarto; a la voz de “apunten” se asió al pestillo de la puerta, hizo atrás su cabeza. Los rostros feroces de los soldados, su ademán, la conmoción misma, lo que yo amaba a Juárez. . . yo no sé si se apoderó de mí algo de vértigo, o cosa de que no me puedo dar cuenta. Rápido como el pensamiento, tomé al señor Juárez de la ropa, le puse a mi espalda, le cubrí de mi cuerpo, abrí los brazos y ahogando la voz de fuego que tronaba en esos momentos, grité: “¡Levanten esas armas! ¡Los valientes no asesinan!” Y hablé, hablé yo no sé de qué; yo no sé qué había en mí que me ponía alto y poderoso; veía, entre una nube de sangre, pequeño todo lo que me rodeaba, sentía que lo subyugaba, que desbarataba el peligro, que lo tenía a mis pies. . . A medida que mi voz sonaba, la actitud de los soldados cambiaba. Un viejo de barbas canas que tenía enfrente y con quien me encaré, diciéndole: “¿Quieren sangre? ¡Bébanse la mía!” bajó el fusil. ¡Los otros lo mismo! Entonces vitoreé a Jalisco. Los soldados lloraban,



protegiendo que no nos matarían, y así se retiraron como por encanto. Juárez se abrazó a mí. Mis compañeros me rodearon llamándome su salvador y salvador de la Reforma; mi corazón estalló en una tempestad de lágrimas. Desarmado el pelotón se reanudaron las negociaciones que llegaron a feliz término. Los amotinados se retiraron de la ciudad. En contraste dice el diario de Juárez: “El día 13 se sublevó la guardia del Palacio y fui hecho prisionero de orden de Landa, que encabezó el motín. El día 15 salí en libertad”. Y eso fue todo. A nadie le agrada ser salvado y el presidente no picaba en poeta.⁶

4. *La Reforma fue a las costas*

El gobierno quedó impávido a pesar de la derrota de Salamanca y se lanzaron manifiestos optimistas en cuanto a que la democracia tendría que ser el final lógico del movimiento. Sin embargo la reacción continuó su embestida y Parrodi llegó a Guadalajara con el enemigo detrás; por otra parte, Landa estaba a diez leguas de la ciudad en espera de refuerzos. Se decidió poner el gobierno fuera del área de operaciones, y con una escolta de apenas noventa hombres, presidente y familia oficial salieron rumbo a Colima el día 20 de marzo de 1858 para ser atacados por Landa en el pueblo de Santa Anna Acatlán. Eludiendo al enemigo llegaron el día 25 a Colima, donde se supo de la rendición de Guadalajara y del ejército constitucional, sin resistencia por parte de Parrodi. En consecuencia se nombró ministro de la guerra y jefe de las fuerzas constitucionales a Santos Degollado y se escogió a Veracruz como sede del gobierno civil, porque era una plaza segura para el gobierno y tenía ventajas estratégicas pues, además de ser un baluarte liberal, controlaba las rentas de las aduanas y dominaba el acceso a la capital, así como las comunicaciones con el extranjero.

Desde Colima, el viaje del gobierno peregrino siguió a Manzanillo, donde Guillermo Prieto estaba enfermo y muy deprimido por el ambiente general de una playa desierta donde la fiebre se enseñoreaba. Pero había el encanto del mar, que Guillermo Prieto desconocía hasta entonces:

Suspiraba por un soplo de aire salino y una ojeada a la bahía, y como sus piernas le negaron el servicio acostumbrado, tuvo que pedir la colaboración del gobierno para realizar su deseo. Juárez y Ocampo, haciéndole silla de manos, le llevaron a pasear por la playa —“yendo yo orgulloso y triunfal, y con el alma luminosa dentro del pecho, más feliz que sobre el primer trono del mundo”— con uno de los

⁶ Benito Juárez, *Apuntes para mis hijos*, México, Ed. Cronos, 1955, p. 68; Roeder, *op. cit.*, t. I, p. 201-2.



compañeros de la legua [*sic*] por delante, haciendo la farsa, y la familia oficial a la zaga. “De repente volvía los ojos y me sorprendían las brillantes huellas que iban dejando mis conductores (eran los efectos del fósforo): alegres con mis sorpresas, los acompañantes de mis amigos restregaban la arena con las manos y la esparcían refulgente como polvo de luceros”. Nada más fácil que prescindir de la formalidad en aquellos parajes sin público, y Prieto, por su parte, era el más informal de los mortales pero nunca olvidó el honor que le fue tributado en esa memorable noche de 1858, porque su ánimo era todo fantasía, efusión y fraternidad. . . y el desfile fantástico por la playa se volvió un viaje infinito en el espacio y una visión interminable en el tiempo. . . en las orillas del Pacífico sonoro, el mundo —más aún, el Universo— era suyo.⁷

El gobierno constitucional mexicano comenzó en Manzanillo la peregrinación marítima para dirigirse a su destino veracruzano. El itinerario fue seguro pero largo, de Manzanillo a Panamá, de Panamá a Cuba, de Cuba a Nueva Orleans, y de allí a Veracruz. Sin embargo,

el lapso pasado en el mar, que borraba todo, menos la presencia humana, y que aislaba y la intensificaba, era el intervalo más feliz concedido al gobierno liberal: largos días luminosos sin novedad, sin responsabilidad, sin otra ocupación que la de conocer a los amigos día tras día, y Prieto era el intérprete más indicado para conservar la impresión de esas horas íntimas y esas leguas bonancibles.⁸

Al llegar a Nueva Orleans volvieron a la pensión donde Juárez y Ocampo pasaron los días de destierro en 1854 y, al pasear por la población, volvieron a Barranda House donde el grupo completo estuvo alojado. Entre ellos reinaba la sencillez y la cordialidad; se recordaba a cada uno de los que formaron el grupo con mímicas, frases y episodios de su comportamiento y de sus discusiones.

Al embarcarse de nuevo, Ocampo encontró cabizbajo al poeta, en contemplación y duda al no lograr rimar sus versos. “En eso salió a la cubierta una señora, y Ocampo, siempre atento al sexo, codeó a su compañero, murmurando: ‘La Musa’, y Juárez, picando de repente en poeta entonó un retintín de sus lejanos días de colegio” en latín. “Tan raramente tuvo el presidente la ocasión de brillar en la historia, promoviendo conversaciones joviales”. Las vacaciones tocaron a su término y al llegar a Veracruz la formalidad volvió a caracterizar a la familia oficial.

⁷ R. Roeder, *op. cit.*, t. I, p. 204.

⁸ *Ibidem*, p. 204-5.



5. Otra vez Veracruz, el enfrentamiento y los liberales

Veracruz recibió al gobierno con entusiasmo, a pesar de la guerra y de encontrarse el puerto sitiado por los conservadores. Una muchedumbre, pisando sus talones, vitoreó al presidente y lo acompañó hasta su domicilio.

Zamora e Iglesias, las máximas autoridades del puerto, fueron quienes invitaron a Juárez a sentar sus reales en la ciudad, adonde llegaron el 4 de mayo. El práctico:

se lanza al mar para dar entrada al venturoso buque; el comercio cierra sus tiendas y almacenes; sus talleres los artesanos; las oficinas despiden a sus empleados; y en tanto las señoras coronan las azoteas, provistas de excelentes anteojos, y los extranjeros con los que no son soldados, corren el muelle para ser los primeros en saludar al ilustre huésped, (en gran uniforme) la valla formada por los batallones. . . se extendía de la punta del muelle hasta la iglesia parroquial, y desde ahí hasta el edificio improvisado de Palacio de Gobierno, instalado en una casa de la calle de Puerta Nueva. . .

Cuando Juárez pisó el muelle, las baterías de los baluartes de la plaza, las de Ulúa y las de la plazuela ya dicha, rompieron sus fuegos de salva, las campanas de los templos repicaron a vuelo y las músicas militares tocaron el Himno Nacional que, por cierto, se debe a Santa Anna quien convocó un concurso en el que ganó la música de *¡ unó* y la letra de Bocanegra.

Juárez recorrió el trayecto del muelle al templo parroquial acompañado de sus ministros, de Zamora y de Iglesias con los oficiales de su estado mayor, llegó al templo, donde fue recibido por el reverendo fray Cristóbal Noriega, y allí se entonó el tedéum, a cuyo término marchó rumbo a su alojamiento, en el que dio la bienvenida Gutiérrez Zamora.⁹

Veracruz vivió durante casi un año en el aislamiento, después de la llegada de Juárez, hasta que en marzo de 1859 el general Miramón decidió dar el ataque a la plaza. Si hemos de seguir al teniente coronel de artillería Manuel Ramírez de Arellano en sus *Apuntes de la campaña de Oriente, 1859, febrero, marzo y abril*,¹⁰ no parece que la campaña de Miramón en contra de Veracruz se hubiera llevado a cabo dentro de las mejores circunstancias considerando que,

agotados los recursos del gobierno en atender a las necesidades que originó la situación pública creada por el plan de Ayotla, el excelentísimo señor general Miramón al encargarse del poder encontró el erario exhausto. Se carecía, pues,

⁹ Manuel B. Trens, *Historia de la H. ciudad de Veracruz*. . . , p. 115-6.

¹⁰ México, impreso por Navarro, en la imprenta de J. M. Lara, 1859, p. 4.



de los recursos más indispensables para la toma de Veracruz. El nuevo presidente tuvo que escoger entre estos dos partidos: marchar a la campaña de oriente sin emplear ni un día más en preparar los medios de acción que debían adoptarse, o aplazar aquella decididamente hasta el próximo invierno.

El jefe supremo de la República, cediendo a los impulsos de su bélico carácter, no vaciló en la determinación que debía abrazar, y prefirió con gusto ir de luego a sufrir las penalidades de los campamentos, dejando el descanso y comodidades del poder.

El 14 de febrero salió de México la división de reserva del Ejército de Oriente, llevando una batería de morteros de 32 centímetros, y las piezas necesarias para el completo de las que existían en la fortaleza de Perote y demás puntos del departamento de Veracruz ocupados por las fuerzas del gobierno.¹¹

Pero los esfuerzos sólo le condujeron a avistar la plaza. Instalado Miramón en la Tejería prefirió hacer personalmente el reconocimiento de la plaza y, a las ocho y media de la mañana del día 18 de marzo, salió con sus acompañantes que incluían al ministro de la Guerra. “A las nueve y media llegaba el general en jefe al médano del Encanto e inmediatamente se dirigió a su cima. Al subir, el presidente ordenó que se quedaran abajo la mayor parte de los que lo seguían, y por tal causa sólo pudieron estar a su lado en el reconocimiento. . .”

Luego que fueron vistos por los defensores de la plaza, rompieron el fuego tres baluartes sobre el médano en que estaban colocados. Metralla, bala rasa y granadas lanzaron aquellas bocas de fuego en veintitantos cañonazos que dispararon, sin que, a pesar de hallarse el general presidente a mil doscientos metros de la muralla, hubiera desgracia alguna que lamentar.

Antes de ahora habíamos oído decir que los mejores artilleros prácticos se formaban en Veracruz, pero las punterías de aquel día dejaron tan mal puesta esta reputación, que aún estamos tentados a creer que no hubo la intención de herir.¹²

La plaza estaba reconocida pero, en cambio, las noticias fueron continuas desde Orizaba en cuanto a que no llegaba un convoy que traía la pólvora y el dinero necesario desde San Luis, “a cada mala nueva de éstas crecía la inquietud en que estaba naturalmente el general en jefe; pero abrigaba siempre la esperanza de que estaría próximo a su arribo al cuartel general”.¹³

El ejército se encontraba cada día en peor situación, carente de los pertrechos de

11 *Ibidem*, p. 4-5.

12 *Ibidem*, p. 31-2.

13 *Ibidem*, p. 28.



guerra y también de los efectos de primera necesidad, pues cuando los había en los campamentos subían su precio por horas:

la carga de maíz costaba en la Tejería el día 17 cinco pesos, y el 19 valía treinta; una onza de pan costaba medio real, y en esta proporción todos los demás efectos. Sin exageración, la paga de general no bastaba para la mantención de un subalterno, y todo esto cuando el soldado llevaba nueve días de no recibir un sólo centavo de su prest.

La miseria del ejército. . . era espantosa. . . no podemos explicarnos cómo vivieron aquellos soldados tanto tiempo, faltos de los recursos más indispensables para su subsistencia.¹⁴

Y por añadidura las enfermedades y las fiebres.

El general preidente había determinado retirar el ejército a Orizaba.

Una sorpresa general causó a todos la determinación acertada del general en jefe. Tanta prudencia y buen juicio por parte del joven magistrado llenó de admiración al ejército.¹⁵

Mientras todo esto ocurría, el vapor español México llegó el 22 de marzo de 1859 procedente de La Habana y llevando a bordo a los generales Díaz de la Rega, Woll, Blanco, Sarlat y dos hijos de Santa Anna. Al día siguiente el gobierno dispuso que fuese con sus pasajeros a estacionarse en la isla de Sacrificios. El día 23 entraron en acción las cañoneras para dispersar, en la playa, la expedición de Miramón que había partido el día 22 para ir sobre Alvarado.

La salida del general Miramón hacia la capital coincidió con el reconocimiento del gobierno de Juárez por los Estados Unidos. Roberto MacLane desembarcó en Veracruz el 1 de abril y presentó sus credenciales en esa ciudad el 6 para comenzar al día siguiente las negociaciones con Ocampo, mismas que dieron como resultado el tratado MacLane-Ocampo relativo a Baja California y al paso por Tehuantepec.

De entre las actividades importantes que el gobierno juarista acometió en el puerto de Veracruz, después de la salida de Miramón, señalamos el manifiesto, expedido por Juárez el 7 de julio, que se convirtió en precursor de la Reforma y la ley de nacionalización de los bienes de la Iglesia publicada el día 12. A los pocos días vino la publicación de la ley sobre el matrimonio, declarado un contrato civil, además de la secularización de los cementerios, que tuvo lugar el día 31 de julio.

Miramón se vio asediado por desastres que culminaron en la batalla de Calpulalpan el 22 de diciembre de 1860 donde, enfrentado por González Ortega, quedó

¹⁴ *Ibidem*, p. 41.

¹⁵ *Ibidem*.

Estación del ferrocarril de Veracruz a San Juan de Ulúa y calle Nuevo Mundo, Lit. Carlos Riché (Inst. Inv. Estéticas).



derrotado. Esa batalla abrió a los liberales las puertas de la capital, que fue ocupada sin resistencia por los constitucionalistas. Allí llegaron Juárez y sus ministros el 1 de enero de 1861, después de haber residido en Veracruz por espacio de los tres años que duró la sangrienta Guerra de Reforma. Los reformistas tuvieron la prueba de lo que significó para ellos poseer un puerto abierto hacia el exterior; y para fin del mes se había constituido el nuevo gabinete reformista.

El Congreso entró en funciones desde la restauración del gobierno en la ciudad de México, y el 17 de julio de 1860 decretó la ley que suspendía, por dos años, el pago de las deudas públicas, incluyendo en ellas las contraídas con naciones extranjeras, con el fin de equilibrar los ingresos con las erogaciones del erario público. Ello fue motivo para la protesta de los ministros inglés y francés, Sir Charles Wyke y Dubois de Saligny, que optaron por cancelar sus relaciones con el gobierno mexicano, como reflejo del pensamiento político de Londres y de París. Pero, además, ello reflejaba también las intrigas de los conservadores monárquicos mexicanos que pululaban por las cortes europeas y, de manera muy especial, en la francesa. A todo se sacó provecho, al decretarse la suspensión de pagos, para hacer la reclamación formal al presidente Juárez, que hubo de enfrentarse a los intervencionistas nacionales y extranjeros.

6. Conclusión

Las circunstancias históricas que arrojaron el Plan de Ayutla estuvieron envueltas en las sospechas sobre la conducta de William Walker cuya aparición en el norte



movió los ejércitos, que provocaron las decisiones de los rebeldes de Acapulco encabezados por Juan Álvarez. En esa forma se enfrentaron: los conservadores de Martín Carrera, los liberales de Juan Álvarez y Comonfort que, en Acapulco, se vieron apoyados por los exiliados de Nueva Orleans y el grupo santanista en plena decadencia.

La compra de la Mesilla y la consiguiente protesta de Ocampo facilitó que se delinearán las condiciones liberales sobre las que se llamó la atención. Además, ayudaron los exiliados a los liberales de Acapulco y resultó el Plan de Ayutla.

El puerto de Acapulco se convirtió así por primera vez en el inyector determinante de un movimiento político fundamental en la historia del país, pues desde la costa pacífica se iba a condicionar la política de la capital y de toda la nación, y después de ese chispazo Acapulco volvió a caer en el letargo.

La Reforma se puso en marcha con el Congreso Constituyente y, al dominarse las protestas y los levantamientos, se culminó en la Constitución de 1857. Ello profundizó la dualidad gubernamental en la que Juárez representó la legalidad de la constitución que, al ser enfrentada por Zuloaga, abrió la Guerra de Reforma entre 1858 y 1860. Durante esa guerra se dio a la peregrinación el gobierno juarista y con ella la Reforma volvió a las costas, saliendo por Manzanillo y regresando al país por Veracruz, después del largo viaje por mar en que hubo de tocarse Panamá, Cuba y Nueva Orleans.

Si el papel de Acapulco finalizó en cuanto los reformistas se dirigieron hacia la capital, no sucedió lo mismo con el de Veracruz que sería fundamental al recibir a Juárez y a su gobierno liberal, y al resistir los dos ataques de los conservadores provenientes de la meseta. Veracruz abrigaría la resistencia liberal y se convertiría en la cuna de la Reforma, pues allí se definieron las leyes responsables del enfrentamiento con la Iglesia. También allí se apoyó la maniobra militar que dio la capital a los liberales, y se reiniciaron las relaciones con los Estados Unidos, que culminaron con el tratado McLane-Ocampo.

Enfrascados en ese trasfondo y en la ruina total del país, hubo que tomar las medidas drásticas que afectaron naciones extranjeras que, al abrir el problema de las reclamaciones pendientes y de sus pagos, provocaron la intervención francesa y el imperio de Maximiliano. De nuevo, en este capítulo, la historia veracruzana sería determinante para la vida nacional al albergar los fenómenos históricos urdidos fuera de su perímetro.

La navegación de altura y los marinos representaron, sin duda, un papel de importancia en el movimiento de los actores del periodo histórico. Ante todo, ellos favorecieron los movimientos de los personajes y es legítimo pensar que el ambiente marino ayudó a la compenetración de los reformistas. Sin medios, Juárez pudo viajar hasta La Habana, cuando fue expulsado por Santa Anna. Navegaron los reformistas desde Manzanillo hasta Panamá, La Habana y Nueva Orleans para llevar la Reforma



a la sede del gobierno en Veracruz y enfrentarla con Miramón. Es posible que los marinos ni supieran de la trascendencia que para la historia de México tendrían los personajes, por ellos trasladados. También cabe evaluar la importancia que, para el conocimiento entre los propios reformistas, tuvo el ambiente de las naves al ayudar al alivio de las tensiones y a identificar las verdaderas personalidades.

Aparte quedaría la imagen enternecedora de un Guillermo Prieto conociendo el mar por primera vez, acarreado por Juárez y por Ocampo en silla de manos, o el juego con la arena que, poco a poco, promovió el trato de cordialidad y la franqueza dentro de la “familia” gubernamental.

Con la obsesión de tomar Veracruz Miramón comisionó a Tomás Marín, miembro de la marina nacional, para que adquiriera dos naves en La Habana, el Marqués de La Habana y otro que rebautizaron con el nombre de General Miramón, destinándolos a llevar voluntarios para atacar el puerto ocupado por el gobierno juarista.

Juárez, carente de naves guerreras y pensando en el peligro que suponía la presencia de navíos armados en la costa, declaró el 25 de febrero de 1860 que los navíos eran piratas con intención de que fueran blanco para cualquier nación. Además, el 26 de febrero, el Consejo de Ministros acordó contratar los vapores estadounidenses Indianola y Wave para que persiguieran a los piratas. El cónsul norteamericano en Veracruz, por su parte, se esforzó en disuadir a los tripulantes con el fin de que no llevaran a cabo la persecución y Juárez le retiró el exequátur. De esa forma el gobierno juarista obligó a que las dos naves contratadas más la corbeta Saratoga, también norteamericana, atacaran a buques mexicanos del partido conservador en aguas nacionales, pues habían anclado en Antón Lizardo el 4 de marzo.

Al mando del comandante Turner se llevó a cabo el ataque. Las naves mexicanas fueron apresadas y conducidas con todo y tripulantes a Nueva Orleans donde el juez de distrito ordenó el 25 de junio de 1860 la devolución de las mismas con todo su contenido. Hubo sin embargo una apelación y durante el largo litigio se remataron los navíos. El fallo final del juez tuvo lugar el 2 de junio de 1870 y confirmó la sentencia inicial cuando ya los navíos eran inoperantes.

Pero, al comenzar el año de 1860, Miramón dio comienzo a los preparativos para lanzar una segunda embestida sobre la sede del gobierno juarista, disponiendo las tropas necesarias y poniendo al frente de las mismas al general Miguel Negrete; iniciaron su marcha, junto con Miramón, el día 8 de febrero.

Por su parte, la ciudad de Veracruz hizo los preparativos necesarios redoblando la vigilancia, remodelando sus fortalezas, y complementando su sistema en defensa en lo que intervinieron ingenieros militares. Se contaba, además, con seis lanchas cañoneras construidas en los astilleros de Alvarado y recientemente puestas en servicio con tripulación de guerra y morteros de 68. El jefe de la plaza fue el general Ramón Iglesias y lo secundaba Gutiérrez Zamora.

Miramón con dos divisiones de infantería y una brigada de caballería rodeó



Veracruz e intentó un parlamento para llegar a un armisticio y, al no lograrlo, abrió el fuego el día 15 de marzo de 1860. Esta vez bombardeó sobre la ciudad mientras Ulúa y las cañoneras se mantenían vigilantes. Los fuegos fueron implacables.

El peligro para el presidente Juárez y el gobierno era evidente. Ello causó una junta de guerra presidida por los dirigentes de la plaza y por el ministro Portearroyo para disponer la salida de Juárez y de su gabinete a San Juan de Ulúa. La salida fue aceptada por el presidente y se hizo en pleno fuego, hasta el punto de que cayera una de las bombas en la falúa que lo iba a conducir.

El fuego de los baluartes de los fortines y de las lanchas, así como el de los sitiadores hacía un ruido infernal. La población civil pagaba sus víctimas hasta que el 19 Miramón intentó un asalto desesperado que fue rechazado, quedando atrás el peor de los espectáculos de muerte, desolación y tragedia.¹⁶

Al retirarse Miramón, después de su segundo fracaso, la normalidad volvió a Veracruz y Amipudia con su columna de operaciones salió de la ciudad el 23 de marzo para dirigirse hacia el interior del estado, con el fin de amagar las plazas de Orizaba, Córdoba y Jalapa.

En medio de los esfuerzos que se llevaban a cabo para poner a salvo el material de guerra y los arhivos, llegaron al puerto jarocho las naves españolas que vinieron a plantear un nuevo problema internacional por motivo de reclamaciones, con la secuencia grave que significó la intervención francesa y el segundo imperio mexicano.¹⁷

16 Manuel B. Trens, *op. cit.*, p. 222.

17 *Ibidem*, p. 223-4.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS